

Democracia precaria

En la última década del siglo xx, Samuel Huntington en su celebrado libro *The Third Wave: Democratization in the Late Twentieth Century*, anunciaba el ascenso de los regímenes democráticos en diversas regiones y países del mundo, en lo que se denominó la tercera ola de democratización. Aunque su diagnóstico era engañoso y consideraba democráticos a países sostenidos por intereses económicos y políticos de las grandes potencias, existía un amplio optimismo sobre el futuro de la democracia en el mundo. Sin embargo, desde el comienzo del siglo xxi, los ideales democráticos han sufrido una erosión profunda incluso en países que tradicionalmente se han considerado ejemplares. No es extraño que el prestigioso Informe *Freedom in the world* (2015) catalogara este proceso histórico como la “vuelta al puño de hierro” en los regímenes democráticos.

Las amenazas de la democracia

Esta vuelta al “puño de hierro”, es decir a cierto tipo de nuevo autoritarismo, viene producida por multitud de factores (económicos, sociales, políticos, tecnológicos, religiosos, etc.) que convergen en unos retos gigantescos para la democracia. Retos que llegan a desnaturalizar la esencia de la democracia como sistema de gobierno representativo y participativo.

Estos desafíos se producen en un marco en el que los procesos claves que vivimos son de alcance global. La pandemia por Covid-19 nos está mostrando la insuficiencia de una supuesta gobernanza local

de una realidad mundial de manera evidente. Pero ya antes de la explosión pandémica los procesos migratorios, la crisis ecológica, la economía global y la transformación digital del mundo mostraban la precariedad de la soberanía estatal para la gobernanza global del mundo. Frente a los desafíos globales no existen instituciones internacionales para el gobierno de la globalización. Las que existen están mostrando tanto su ineficiencia —baste considerar el papel de la OMS en la pandemia— como sus déficits democráticos en funcionamientos dependientes de los vetos y de la financiación de los estados más poderosos.

Ya desde los años 60, en la *Pacem in Terris* del Beato Juan XXIII, la Iglesia ha pedido reiteradamente el establecimiento de una Institución global para la gobernanza del mundo. El papa emérito Benedicto XVI en *Caritas in veritatis* lo planteaba como exigencia moral y el papa Francisco lo ha reiterado en sus dos encíclicas sociales. Sin embargo, vemos cómo los esfuerzos del multilateralismo, muy erosionado en los últimos años, no han sido capaces de cimentar una mayor cultura democrática para los procesos globales; las instituciones internacionales no han podido orientar la gobernanza global y los estados han recaído en muchas ocasiones en visiones nacionalistas reactivas y defensivas de corto alcance.

¿Es posible vivir democráticamente dando la espalda a estos procesos globales que erosionan el poder de los estados? ¿Se puede hablar de democracia cuando la globalización económica y el poder de las grandes corporaciones se sitúan por encima de las soberanías nacionales? ¿Cómo influyen estos procesos en la ciudadanía que se siente impotente y no representada?

¿Queremos ser demócratas?

En cualquier conversación cotidiana, en los pasillos de la universidad, en el café del lugar de trabajo o en cualquier entrevista televisiva es común escuchar a personas de procedencia diversa afirmar que lo que la política necesita son buenos gestores. El objetivo de

la política como arte de la convivencia para el bien común se ha orientado hacia la política como instrumento de gestión. Parece que aspiramos políticamente no a un buen gobierno de las personas sino a una eficiente administración de la sociedad. Si en España con el mayoritario refrendo de la constitución la democracia se nos presentaba como la institucionalización de una ansiada utopía, en la actualidad nuestros ideales buscan gestores y expertos que administren nuestras necesidades.

La mercantilización de la vida ha colonizado el ámbito de la política haciendo prioritarias la eficiencia sobre la deliberación, la productividad sobre los valores de cohesión social y la organización empresarial sobre la comunidad política. Esta situación queda expresada en la profunda desafección democrática que vivimos en nuestras sociedades y la "fatiga civil" que se acrecienta. Parece que la democracia es un valor secundario a nuestro modo de vida político que exige especialmente eficiencia.

Las llamadas democracias sigilosas (*Stealth democracy*), que eluden o minimizan la participación de la ciudadanía en las decisiones políticas en nombre del saber experto, están ganando legitimidad popular y académica. Lo hemos vivido con ansiedad en tiempos pandémicos pidiendo decisiones expertas y no deliberaciones políticas. Brennan, en su libro titulado *Contra la democracia*, propone un modelo de *epistocracia* basado en el gobierno de unos pocos sobre la mayoría. Podemos sintetizar su propuesta como todo para el pueblo sin la mayor parte del pueblo como forma óptima de gobierno en tiempos de incertidumbre y complejidad. Estas democracias sigilosas conectan muy fuerte con la sensibilidad política del momento que exige buenos gestores y poco compromiso cívico.

El resurgir del populismo

Además de este giro gerencialista de la política se observa la emergencia de lo que se denomina el *precariado* político, conformado por personas que no se sienten representadas y se consideran expul-

sadas de los espacios públicos. La emergencia de esta nueva clase política surge en paralelo con el ascenso del *precarizado* social en un contexto de crecimiento intenso de la desigualdad y la exclusión social. Intensidad que se ha visto acelerada durante la pandemia. Bien por la situación de pobreza, por razones étnicas, geográficas o identitarias hay grupos numerosos de personas que se han situado al margen. Podemos decir que ni siquiera quieren buenos gestores porque ya han comprobado que estos trabajan para el bien de otros.

Este precariado es un caldo de cultivo para los diferentes populismos que conforman una compleja interacción entre democracia y autoritarismo. El populismo, signo de nuestro tiempo político, es un "concepto en disputa" (Vallespín) que tiene contornos imprecisos y múltiples significados. Si bien es cierto que conocemos bien los populismos desde los años 30 del pasado siglo, en la actualidad se presentan con formas difusas y apariencias diversas. De hecho, caen bajo este concepto situaciones tan dispares como el gobierno de Trump o el régimen de Erdogan, pasando por la política del Brexit o el modelo autoritario de Bolsonaro. Dentro de esta diversidad existen unas características compartidas: hostilidad a la política representativa, concepción idealizada de comunidad (pueblo), con un alto componente reactivo y, debido a esta reactividad, más que como una ideología se presentan como movimientos de acción inmediata y sin límites.

En términos generales observamos que las democracias, incluso las más consolidadas, están amenazadas. Levitsky y Ziblatt en un libro titulado *Cómo mueren las democracias*, escrito a partir del ascenso de Trump al poder, detectaban que las democracias ya no mueren por la toma del poder de generales, sino por líderes electos que subvierten el proceso que los llevó al poder, creando, como afirma Rosanvallon, "democraturas": regímenes autoritarios validados por los procedimientos democráticos.

Lo autores mencionados identificaban cuatro procesos de subversión democrática que aparecen transversalmente en muchos países y regiones del mundo incluso en aquellas con una gran tradición de-

mocrática: rechazo (o débil aceptación) de las reglas democráticas del juego; negación de la legitimidad de los adversarios políticos (campañas de desprestigio, judicialización de la política, interferencia en los medios de comunicación, etc.); intolerancia, polarización o fomento de la violencia; predisposición a restringir las libertades de participación de la oposición o de grupos considerados afines mediante mecanismos “formalmente democráticos”.

Con esta degradación de la democracia observamos cómo se están acrecentando los discursos del odio hacia las minorías o las identidades diferentes, el incremento de la aporofobia, la violencia de género, la criminalización del oponente, la sordera sistemática hacia los colectivos más vulnerables. No solo se está erosionando un sistema de gobierno, sino que se están descomponiendo nuestras aspiraciones de convivencia.

El ascenso de la tecnopolítica

En la actualidad existen multitud de acciones políticas que son decididas por algoritmos digitales. Estos son capaces de almacenar, ordenar y combinar infinidad de datos para la toma de decisiones de manera instantánea. La política está cambiando profundamente en tiempos de inteligencia artificial. La deliberación pública, la formalidad de la participación, la *isonomía* —igualdad ante ley— y la *isegoría* —el derecho a tomar la palabra en el espacio público— son sustituidas, al menos en parte, por el universo del Big Data. Nos preguntamos si los algoritmos están al servicio de la política o la política al servicio de los algoritmos. Además, nos encontramos con el inmenso poder de las compañías tecnológicas transnacionales y algunos estados (el caso de Rusia es paradigmático) que desde su posición económica y su posesión de datos e interferencias en las redes son capaces de remover estados de opinión e influir decisivamente en resultados electorales.

No podemos olvidar que la economía de los datos genera enormes beneficios a las corporaciones internacionales que tienen en sus

manos la producción y la aplicación de la innovación tecnológica. El capitalismo de vigilancia (*surveillance capitalism*) que mercantiliza al extremo los datos personales e impulsa la vigilancia digital configura un espacio social controlado. Sin embargo, vivimos en la creencia ingenua de la neutralidad del mundo tecnodigital, cuando en realidad hay un dominio de lo económico sobre lo técnico, un capitalismo de plataforma, que se expande a la vida social y política. El ascenso del tecnoliberalismo, como argumenta Eric Sadin, permite a las grandes compañías ordenar la vida y planificar el futuro de las personas dejando fuera el poder de los estados, y de manera más radical, el papel de la ciudadanía.

El papa Francisco en el número 177 de la encíclica *Fratelli tutti* afirmaba con contundencia, como lo hizo en sus escritos anteriores, que “la política no debe someterse a la economía y esta no debe someterse a los dictámenes y al paradigma eficientista de la tecnocracia”. Sin embargo, cada día parece más evidente un sometimiento de facto de la política a los intereses económicos. En este sentido es difícil encontrar un espacio para la práctica democrática.

Recrear la democracia

Como se ha intentado mostrar, el contexto para la recreación de la democracia no es muy halagüeño. El marco social, cultural y económico dibuja un panorama sombrío para el cultivo democrático de la convivencia. No solo por los desafíos sistémicos a los que está sometida sino por la cultura cívica apática y desafecta que genera el individualismo insolidario.

Sin embargo, más allá de los discursos pragmáticos que aceptan acríticamente lo dado, o de las soflamas apocalípticas que anuncian el fin de la política, la democracia debe alzar su vuelo en las nuevas condiciones sociales. Nos jugamos demasiado como humanidad para rechazar el ideal de una democracia cosmopolita que construya una humanidad fraterna.

Es difícil que esta recreación democrática emerja en las condiciones de desigualdad actuales. La base de una convivencia democrática no puede construirse sobre la situación de desigualdad creciente en el mundo. Los Objetivos de Desarrollo Sostenible que plantean la lucha contra la pobreza, la meta del hambre cero y la reducción de las desigualdades, marcan las condiciones necesarias para la profundización democrática.

Además, deberemos rescatar los valores clásicos de la democracia. En un mundo polarizado con el aumento de los discursos del odio, como antes mencionábamos, es absolutamente necesario desempolvar la tolerancia, la igualdad, la libertad, la justicia, la responsabilidad, la ejemplaridad, etc. La educación democrática para potenciar el compromiso cívico reclama un lugar importante en la formación reglada y no reglada. No existe democracia sin ciudadanía activa y comprometida. Si la ciudadanía no quiere ser democrática, comprometida con el bien común, no existe cuerpo legislativo que sustente el modelo democrático. Como mostró hace muchos años Tocqueville, sin hábitos ciudadanos, sin la práctica concreta del compromiso político las democracias decaen y se extinguen.

Volver a la política exige un nuevo marco que regule la soberanía creciente de la esfera económica. La democracia no es más que un sueño si no es capaz de poner límites al poder económico. La colonización económica de los objetivos políticos imposibilita que el poder recaiga en el *demos* y que el pueblo se sienta soberano.

Por último, un desafío clave consiste en cómo construir una nueva institucionalidad democrática que articule la dimensión internacional con la local, el saber experto con la participación de la ciudadanía, las posibilidades del mundo digital con la necesaria vinculación personal. Un mundo nuevo necesita una nueva institucionalidad política que pueda articular las tensiones existentes. Si la democracia, en su sentido tradicional, ha muerto el esfuerzo ímprobo y el grito unánime debe ser ¡viva la democracia! ■

En él vivimos, nos movemos y existimos

Reflexiones panenteístas sobre la presencia de de Dios en el mundo tal como lo describe la ciencia

Philip Clayton
Arthur Peacocke (eds.)

El panenteísmo es un modelo antiguo para pensar la relación de Dios con el mundo. Conjugando la inmanencia y la trascendencia divinas, aparece como una vía intermedia entre el teísmo clásico y el panteísmo, y ofrece un marco más propicio para el diálogo entre ciencia y religión: Dios actuaría «en, a través de y bajo» los procesos y las regularidades de la naturaleza. En este libro se presentan las principales versiones del panenteísmo y se examinan las principales críticas de las que es objeto.

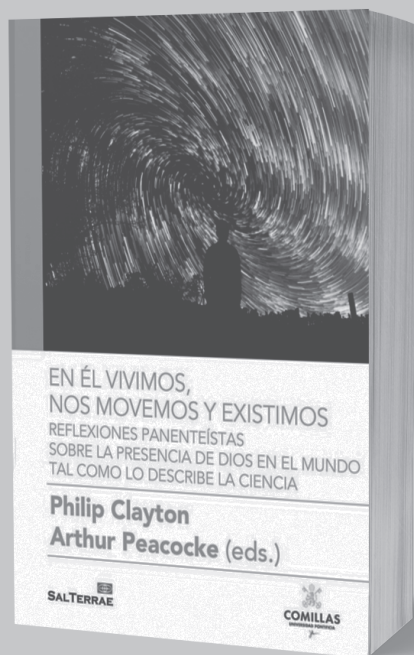


En él vivimos, nos movemos y existimos

Philip Clayton
Arthur Peacocke (eds.)

ISBN: 978-84-293-3033-5

Universidad Pontificia Comillas,
Sal Terrae, 2021.



SERVICIO DE PUBLICACIONES

edit@comillas.edu

<https://tienda.comillas.edu>

Tel.: 917 343 950